



**MEDICINA
UNIVERSITARIA**

www.elsevier.com.mx



VOCES DE MÉDICOS Y PACIENTES

La peste

Ibarra-Mazari JL. *Otro lugar para Rosendo. Puebla, Puebla: Ediciones del Honorable Ayuntamiento de Puebla; 2003. Colección Varia No.5.*

Al salir de la misa dominical, Cirilo Mora y su mujer se detuvieron ante la mesita, junto a la puerta del templo, y le compraron a la vieja enlutada ocho estampas con el Divino Rostro. Ocho eran las puertas y ventanas de su casa que daban al patio: en cada una de ellas colocarían una estampa protectora, ya que acababan de darse cuenta de que sólo tenían en la puerta de entrada una imagen mínima de San Ignacio de Loyola: “*Al demonio: no entres*”. La prisa de su paso era la misma de los escasos hombres sanos que a hora tan temprana habían salido, fugazmente, con el terror pintando los rostros de blanco. Lentas, las carretas utilizadas en esa época para recoger la basura de las calles y vecindades cargaban ahora otros desperdicios: docenas de cadáveres apilados. De todos los tamaños: envueltos en sábanas, cobijas finas, o corrientes petates.

Era la peste

Llegó matando hombres y mujeres, niños, viejos, jóvenes. La muerte cabalgaba en el aire, entraba a todas partes por las rendijas de puertas y ventanas que el pánico cerró.

Cirilo Mora y su esposa Clarita casi corrieron para llegar a su casa, a la vuelta de la iglesia. De soslayo vieron todavía dos carretas llenas, una carroza fúnebre sin acompañantes: nadie acompañaba a sus muertos al panteón. El miedo rompió en un día, el primero de sesenta interminables, los lazos de amor, cariño filial, afecto, que se habían tejido en años. Todas las manifestaciones de apego o de simple vecindad y compañía tuvieron de pronto un sustituto siniestro: el miedo de morir.

Era la peste

*“La peste de cuerpo y alma
te pido Señor se acabe
poniendo de intercesora*

*a tu Santísima Madre
y todos los pecadores
digan Salve, Salve, Salve”*

Los tres niños rezaban sin cesar, tomados de las manos, cuando sus padres abrieron la puerta. Clarita corrió por la botella de creolina y comenzó a regar otra vez el suelo de toda la casa. Cirilo fue por el martillo y los clavos y comenzó a colocar Divinos Rostros en ventanas y puertas. Esa tarde tomó su salterio, después de rezar con su esposa, y empezó a tocar el instrumento sobre las piernas temblorosas de miedo, mientras los niños, con ojos enrojecidos por la creolina que Clarita no dejaba de regar, se sentaron a escucharlo, sonrientes. Cuando Cirilo dejaba de tocar se podían oír desde el comedor los quejidos de los enfermos de la casa vecina, el llanto de los sanos, las lúgubres oraciones de los moribundos. Entonces los tres niños lloraban y Clarita recomenzaba sus jaculatorias gastadas, viejas. Y para evitar la tristeza y las lágrimas y la angustia, Cirilo volvía a rascar el salterio. De pronto, el más pequeño tosió. Y al toser le dio vómito. Y al vomitar puso el rojo sello de sangre en la casa.

Era la peste

Cuando Cirilo volvió de la botica, su hijo había muerto, y los otros dos tosían. Clarita empapaba con lágrimas sus oraciones: “*santos y santas del día en que he de morir, rogad a Dios por mí*”. El martes no hubo más remedio que envolver los tres cuerpecillos en sábanas y esperar a que los de la carreta pasaran por ahí, embozados y temerosos o más: aterrorizados. Cirilo y Clarita permanecían sentados en diferentes rincones, mudos de terror, de pena, una rabiosa y doliente pena. Alejados. Los ojos brillaban en rojo: llanto y creolina. El salterio no volvió a sonar. En lugar de su canto se oyeron los quejidos de los enfermos de la casa de enfrente, de las de al lado. Cuando

los hombres de la carreta sacaron los cuerpos Clarita no tenía ya ánimo para moverse. Cirilo fue con ellos hasta el zaguán y ahí multiplicó su llanto. La carreta se movió con su carga de podredumbre y Cirilo la siguió dando traspiés en la calle empedrada. En la esquina se quedó, recargada la frente contra el muro; se fue resbalando pegado a la pared hasta quedar hecho un bulto informe y sollozante que se agarraba al suelo con manos desesperadas. Esa noche Clarita volvió a regar creolina y luego encendió una veladora ante su enorme Sagrado Corazón. "Tu Divina Providencia se extiende en cada momento..." Pero esta vez su jaculatoria se quebró, interrumpida por la inesperada, seca tos de Cirilo, en cuya boca apareció el clavel rojo del vómito. "*Vende el salterio y pagas unas misas por mi salvación, Clarita. Yo también me voy.*"

Era la peste

Cuando los hombres de la sombría carreta tocaron en el portón Clarita fue a abrir con paso sin voluntad. Perdida la fe, secos los ojos. Agotados el llanto y la capacidad de sufrimiento. Los hombres entraron y tomaron de cualquier modo el cuerpo de Cirilo, envuelto en su sarape y sin que nadie se ocupara de certificar su muerte; los médicos no se daban abasto para atender a toda la población. Lo cargaron entre dos y lo echaron a la carreta. Tenían cubierta la boca con un pañuelo, los pasos vacilantes, los ojos turbios. La carreta se movió. La viuda quedó clavada en el suelo. Durante media hora vio pasar gente embozada que buscaba desesperadamente una botica, un consultorio abiertos: tan desesperada como inútilmente. Vio carretas colmadas de cadáveres. Vio carrozas fúnebres. Oyó lamentos tras los zaguanes cercanos. Escuchó llantos, maldiciones, plegarias. Caminó lentamente hacia la iglesia y compró más veladoras a la vieja enlutada. Regresó lentamente a su casa, se acostó y recommenzó sus

rezos, porque no podía dormir. Tampoco estar en la cama. Encendió varias veladoras y se arrodilló a seguir rezando, en espera de la muerte, del acarreo de sus restos, de su entierro en la fosa común. Como a las dos de la mañana tocaron débilmente la puerta. Débiles, los toques fueron volviéndose enérgicos. A ella le costó mucho trabajo, después de estar tanto tiempo hincada, levantarse y caminar. Abrió el postigo de madera y corrió el visillo. Detrás del visillo estaba Cirilo Mora, envuelto en un sarape.

Era él.

Cirilo del otro lado de la vidriera. Cirilo, con la mirada perdida de los que mueren con los ojos abiertos, con la mirada incrédula de los que entierran vivos. El corazón saliéndose del pecho, Clarita habló con terror tratando de hacer con los dedos el signo de la cruz. "*Venderé el salterio, venderé todo y te dirán tus misas, pero por piedad, no me espantes. Vete.*" Su voz era de gelatina. Cirilo dijo entonces: "*Ábreme por Dios: no vendas nada. No necesito nada. Fue horrible. No estoy muerto*". Cuando Clarita oyó esa voz, se desplomó junto a la puerta, lenta y definitivamente. Para siempre.

No era la peste.

José Luis Ibarra Mazari nació y murió en Puebla. Fue locutor y cronista. Su voz única, bien timbrada y modulada, se convirtió en la compañía matutina de muchos radioescuchas poblanos. Escribió muchos cuentos cuyas compilaciones generaron varios libros. Su hermano Jesús, médico, lo acercó a la medicina. Gran fumador, falleció durante un procedimiento de revascularización miocárdica. Este cuento se tomó de su libro *Otro lugar para Rosendo* (Colección Varia No.5. Ediciones del Honorable Ayuntamiento de Puebla).